Cuando los héroes se cansan

RENÉ VÁZQUEZ DÍAZ

En el último lustro el mundo se ha sacudido. Lo mismo Europa del Este que el gigante soviético o el Medio Oriente. Cuba brinca a los ojos de la comunidad internacional por ser bastión de la inmovilidad política. Lo es también de un nacionalismo de largas raíces y de un liderazgo personalizado que muchos se preguntan cómo habrá de terminar. *Este País* presenta el polémico texto de René Vázquez Díaz en el entendido de que cualquier discusión sobre Cuba debe ayudar a fortalecer el respeto hacia el pueblo cubano.

Hacía un sol alto y duro aquel 29 de mayo de 1989 en La Habana. Pero el sudor que corría por la espalda del general de división Arnaldo Ochoa no era sólo de calor. Había sido llamado a una reunión de carácter especial con Raúl Castro, ministro de las fuerzas armadas.

Ochoa no era hombre que se acobardara ante nadie. En Cuba, su nombre estaba rodeado de un halo de gloria. Como suele suceder con los héroes, nadie sabía a ciencia cierta quien era pero todos habían oído hablar de él. Como militar, podía decirse que sus méritos eran superiores a los del propio ministro que ahora, en compañía de otros dos altos jefes militares y un cuestionario sobremanera sensible, lo esperaba. La trayectoria de Arnaldo Ochoa simbolizaba la historia reciente de la revolución. De adolescente había participado en la guerra contra Batista, a las órdenes del legendario comandante Camilo Cienfuegos. Después de la victoria, Ochoa no se quedó en Cuba. Fue enviado a pelear como guerrillero en Venezuela; más tarde dirigió con éxito las tropas cubanas en Etiopía. Fue también jefe de la Misión Cubana en Nicaragua, dejando allí una estela de gratitud. Hacía sólo unos meses que había regresado de Angola, donde comandara la más grande y exitosa empresa militar que un país del tercer mundo jamás emprendiera fuera de su territorio. Todo parecía estar listo para que Ochoa fuese nombrado jefe del ejército de occidente, el más importante y poderoso de Cuba.

Ochoa era miembro del comité central del Partido Comunista y diputado de la Asamblea Nacional; poseía todas las medallas y condecoraciones que un militar puede obtener en Cuba y era, sobre todo, héroe de la república. Raúl Castro lo trató con respeto pero con firmeza. La reunión duró tres horas y fue tensa.

A Ochoa se le hacen graves imputaciones. Su conducta es disipada y corrupta. Ha organizado orgías con jovencitas. Ha derrochado el dinero del estado. En Angola, ha cometido delitos de malversación y ha estado implicado en negocios ilícitos aún no aclarados. Raúl Castro le comunica que, como están las cosas, no puede ser nombrado jefe del ejército de occidente y le pide que coopere en el esclarecimiento de los hechos. Como es costumbre en él, Ochoa habla medio en broma, admite los cargos a regañadientes y responde con evasivas. Pero da a entender que rectificará su actitud. Al concluir la sesión, Raúl Castro le da un fuerte abrazo y le asegura «Pasara lo que pasara, hoy, mañana y siempre nosotros seremos hermanos».

Cuarenta y cinco días más tarde Arnaldo Ochoa es llevado al paredón de fusilamiento.

Los hechos

Fueron uno días que abrieron en Cuba una herida quizá imposible de restañar. El proceso seguido a Ochoa y a los que pronto se vio eran sus secuaces sacó a la luz una insólita madeja de corrupción en las altas esferas de la Revolución. En Angola, Ochoa había hecho negocios de bolsa negra con el azúcar, el cemento, la harina y la sal; abastecimiento que en realidad era para las tropas. Se le acusa de haber traficado con marfil congolés, con diamantes y con maderas preciosas. Obtiene dólares en el mercado negro. Invierte parte de sus ganancias en mejorar las condiciones de sus tropas y lo otro se lo embolsa, usándolo en sus correrías.
Surgen detalles engorrosos, como este: Ochoa disfraza de soldado a una de las muchachitas de las orgías, la mete en un avión de tropas y la tiene un par de meses en Luanda para su disfrute personal. Se sabe que tiene una misteriosa cuenta de 200 000 dólares en Panamá y que, para estupefacción de todos, está en contubernio con un grupo del Ministerio del Interior que ha estado haciendo operaciones de narcotráfico en territorio cubano.

De inmediato se supo que la vergüenza sería histórica. El Departamento MC del Ministerio del Interior llevaba ya un par de años introduciendo cocaína en los Estados Unidos a través de Cuba, con el conocimiento y la implicación de Ochoa. MC era un departamento secreto, compuesto por especialistas de inteligencia y cuya misión era burlar el férreo bloqueo comercial de los Estados Unidos contra la isla. Usaban medios lícitos pero también, como el propio embargo, utilizaban medios ilegales. Ojo por ojo y diente por diente. Se hacían inversiones en otros países, transacciones por medio de terceras personas o entidades y así se obtenían divisas. Se adquirían mercancías cuya compra normal estaba bloqueada por los norteamericanos: equipos electrónicos,

medicinas indispensables, armas de factura occidental, material avanzado para la salud pública. También, mediante lancheros de origen cubano reclutados en Miami, se introducían en los Estados Unidos mercancías cubanas como tabaco y objetos de arte. Era un trasiego entre cubanos: agentes del régimen y apátridas del exilio.

Pero hay un momento en el que los jefes del MC, Tony de la Guardia y Amado Padrón, deciden a espaldas del ministerio, ya que sabían que estaba rigurosamente prohibido, dedicarse al negocio mucho más lucrativo del tráfico de estupefacientes. ¿Cómo se explica esto? Dice el sentido común que nadie puede ser enviado a transitar un camino enfangado sin volver embarrado. Los lancheros de Miami eran categóricos en su pragmatismo: en los Estados Unidos la *ley de comercio con el enemigo* prohibe desde 1963 hacer cualquier tipo de transacción con Cuba. Introducir tabaco cubano en los Estados Unidos es casi peor que introducir cocaína colombiana, ya que ese crimen, además de ser un contrabando, es una conspiración para derrocar al gobierno de Washington. Entonces, ¿por qué no dedicarse a la droga?

En su calidad de superagentes del MC, Tony de la Guardia y Amado Padrón tenían facultades tipo película de James Bond: podían darle órdenes a los Servicios de Guardafron-teras, a la Defensa Antiaérea, a Inmigración, a los aeropuertos, a la Seguridad del Estado y a la Aduana. < Estaban supeditados sólo a changó y al espíritu santo >, decían las malas lenguas durante el juicio que los llevó a la muerte. Era un grupo ambicioso, cohesionado y hermético, dadivoso para comprometer y con ínfulas de patriotas. Aviones colombianos, cargados de cocaína, aterrizaban como si nada en el aeropuerto de Varadero y los traficantes, ahitos de *Havana Club,* pernoctaban tranquilamente en casas de Santa María del Mar. Lanchas rápidas miamenses entraban en aguas cubanas y los mercachifles hacían alegres visitas a sus parientes en Santa Clara o Guanabacoa. Mil dólares era el precio por cada kilogramo de polvo que llegara a la meta. También se trafica con marihuana; en dos ocasiones, a los *partners* del MC se les acusa de fraude en Miami y son asesinados por sus propios compinches.

En abril de 1988, el general Ochoa envía a su ayudante incondicional, un capitán del ejército especializado en trabajos sucios: Martínez, a que participe en una reunión clandestina en La Habana. El MC ha invitado nada menos que a dos representantes del tenebroso Cartel de Medellín. Los matones entran disfrazados de turistas. Vienen de parte de Pablo Escobar, uno de los traficantes más poderosos del mundo.

Se habla de instalar un gran laboratorio de cocaína en territorio cubano. Imposible, dicen los agentes de MC un poco asustados. Bueno, responden los emisarios de Escobar, en África entonces. ¿O acaso no le ha hecho Cuba grandes favores a Angola? Martínez, siempre acucioso en el cumplimiento del deber, toma nota y dice que lo consultará con Ochoa. Se habla de una milagrosa máquina a la que Escobar tiene acceso, capaz de imprimir dólares con gran precisión. Pero hace falta un papel muy especial <que sólo los estados pueden adquirir>. Imposible, Cuba no puede meterse en eso, dice el MC ahora acobardado de verdad. Pues Angola entonces, chico, arguyen los colombianos mientras Martínez toma nota.

Fue precisamente Martínez quien protagonizó el hecho más temerario de toda esta historia. Con la ayuda técnica del MC, Martínez viaja secretamente a Colombia. Allí, tras múltiples y aparatosas medidas de seguridad, se reúne con *his majesty himself,* Pablo Escobar. ¿En calidad de qué se presenta Martínez? ¿Como emisario de Ochoa o del Gobierno de Cuba? Para el capo Escobar eso es la misma cosa, y todo parece indicar que para Martínez también. ¿De qué hablan? Escobar insiste en la fábrica de cocaína. En Cuba o en Angola, le da igual. Escobar quiere, además, que Cuba le tenga un avión siempre listo, en caso de que él por alguna emergencia lo necesite. Y lo más importante: que se le faciliten *diez equipos completos de lanzacohetes tierra-aire.* Martínez toma nota.

Ninguna de estas novelerías se llega a realizar. Pero los sabuesos de la Inteligencia Militar cubana, al socaire del fraternal abrazo de Raúl, ya han empezado a excavarlo todo. La cuenta de Ochoa en Panamá, según dijera Fidel posteriormente, fue <un producto de cuatro robos >. Entre ellos, el más espectacular parecía ser un robo a Nicaragua. El Ejército Sandinista le había encargado la compra de unos armamentos en el mercado negro (100 lanzagrana-das alemanas M-79 con 20,000 proyectiles) para lo que Ochoa obtuvo 120 000 dólares. La transacción falló, un intermediario panameño se quedó con un adelanto y lo demás fue a parar a la cuenta de Ochoa.

Los juicios

En virtud de sus méritos excepcionales, a Ochoa le juzgó primero un tribunal de honor. Su comparecencia, televisada, causó un impacto tan devastadoramente positivo que de héroe de los campos de batalla Ochoa se convirtió en el héroe de la calle. Se mostró inexorable, modesto, noble y altanero al mismo tiempo. Aceptó su culpa con valentía y se expresó en un tono contenidamente agresivo, en el que su arrepentimiento casi se convertía en una acusación. Fue difícil ver en él a un hombre cuya cabeza pendía ya de un hilo. La admiración era tan grande sencillamente porque en Cuba nadie puede enfrentarse al poder, menos siendo culpable confeso y además en la televisión.

«He traicionado a la patria», dijo, «y la traición se paga con la vida». Él lo sabía. En Angola, Ochoa había firmado sentencias de muerte (ratificadas por Raúl Castro y por tanto aplicadas) a jóvenes soldados cubanos que violaron y asesinaron a mujeres angolanas. En su alegato final, Ochoa dice que su último pensamiento, si lo fusilan, será «Para Fidel, por la gran revolución que le ha dado a este pueblo».

A Fidel, por supuesto, le pareció que el acusado había sido «sincero y valiente» ante el tribunal de honor. Sin embargo, la actitud de Ochoa ante el Tribunal Militar Especial que lo condenó a muerte no le gustó nada a Fidel. Allí vemos a Ochoa más belicoso y contestón, arrogante con el fiscal y con unos abogados irritantemente lastimosos cuya línea de defensa se limitó a pedirle que *valorasela* magnitud de su culpa. Fue como si Ochoa, consciente de que ya no está ante un tribunal de honor sino ante un tribunal a secas, decid*iera fajarse* por última vez. Y eso le gustó todavía más a los cubanos.

Ochoa alega que los negocios de bolsa negra «siempre se hicieron en Angola». Con respecto al marfil, que esos colmillos «se compran en El Congo igual que se compra un televisor». Dijo que para él el trajín de narcotráfico de sus colegas de MC eran *boberías,* ya que él siempre tuvo la idea *del negocio en grande* (miles de toneladas de cocaína, inversiones en hoteles turísticos *para que se beneficie Cuba).* En medio de aquel dramatismo, en los bajos fondos de La Habana se gozaba de lo lindo mientras los comunistas no sabían dónde meter la cabeza. Ochoa contradice bruscamente al fiscal cuando éste quiere dar una imagen de que él sólo se dedicaba al trapicheo, descuidando la guerra: «Yo hice un esfuerzo grandísimo por cumplir», aduce. Y lo más duro es que defiende su cuenta de Panamá. Dice que pensaba adquirir, con ese dinero, un sistema completo de equipos electrónicos para el ejército. En cuanto al dinero *robado* a los sandinistas, se vio que Ochoa, desde Angola, se las arregló para compensar a los nicaragüenses envián-doles 50 fusiles AK, 200 cargadores, 50 portacargadores, 50 bayonetas, 50 correas, 50 estuches de accesorios, 50 aceiteros, 4 morteros de 60mm, 2 664 granadas de mortero, 560 granadas antipersonales y 2 016 cartuchos para lanzagra-nadas M-79.

Fidel Castro, en su análisis posterior, hizo énfasis en que «2 016 proyectiles de esos [M-79] pueden valer unos 200 000 dólares». O sea que Ochoa había enviado a Nicaragua un armamento que rebasaba los 120 000 dólares recibidos. Para la justicia, eso era un agravante ya que mostraba hasta qué punto Ochoa manejaba fondos ilícitos. En cambio, para el cubano suspicaz Ochoa era *un tremendo bicho* que no se merecía la muerte: ¿Y los sandinitstas? Se sintieron compensados y hay un dato curioso: Ochoa había recibido numerosas condecoraciones por parte de Nicaragua. A diferencia de las medallas cubanas, al ex general no se le retiraron los honores sandinistas ni durante el juicio ni póstumamente.

¿Cómo se explica que la gran mayoría del pueblo cubano se pusiera de parte de un hombre que de modo probado estaba implicado en el narcotráfico, cosa inmoral desde cualquier punto de vista? Las encuestas oficiales publicadas en Cuba muestran a un pueblo que condena a los acusados *en bloque,* y eso oculta los sentimientos de solidaridad que suscitó Ochoa. Los agentes de MC eran odiosos y repugnantes para los cubanos: seres privilegiados y ostentosos, con un estándard de vida astronómicamente superior a la de cualquier cubano laborioso que, por más que se esfuerce, a causa del *igualitarismo* del sistema jamás puede mejorar su situación económica particular. Ochoa, en cambio, era un luchador que había dejado la mitad de su vida en los campos de batalla, pero que ahora caía en desgracia porque la guerra es siempre la misma vieja puta y traicionera, aunque se defiendan causas justas como en Nicaragua y Angola. Así tuvo que haber razonado el pueblo de Cuba. «Podría ocurrir que la inmensa mayoría de la población tuviera un criterio y nosotros nos viéramos en la necesidad de adoptar otro criterio», dijo Castro en su alegato en defensa de la pena de muerte ante el Consejo de Estado. En realidad Fidel tenía razón: la conexión de Ochoa con la droga no le dejaba más alternativa que matarlo.

Pero al mismo tiempo mataba un mito: el de los héroes impolutos, el del hombre de voluntad y principios de acero que da lo último por una causa elevada. Se ha especulado mucho sobre sí Ochoa preparaba un golpe de estado contra Fidel. Todo parece indicar que eso es un disparate. Ochoa era un incondicional de la revolución que dejó de ser un incondicional de sus jefes, y aquí se va otro mito a la tumba: la fijación en torno a las imágenes, el personalismo exacerbado, la doctrina demencial de que las cosas se hacen por fidelidad al comandante en jefe, o a los mártires o al espíritu santo, y no por simple sometimiento a las reglas civilizadas de la institución a la que se pertenece. Ochoa empezó a pensar que había que dejarse de tanta beatería, para crear un poco de riqueza en el país. No supo hacerlo.
Era ante todo un militar y un cubano de honor, pero como negociante cayó en la trampa del delito. Cuando el fiscal le pregunta cómo pudo caer tan bajo, Ochoa responde: *Me sentí cansado.*

Eso: también los héroes se cansan. Ese parece haber sido el mensaje del pueblo cubano a Fidel, quizá con la esperanza de que descubra su propio cansancio o, al menos, el que segrega su eterna presencia. El proceso contra Ochoa y el MC puso en claro lo mismo que el caso de Oliver North en los Estados Unidos o el de Hans Holmer en Suecia, cuando el asesinato de Olof Palme: ninguna sociedad puede basarse en el secreto ni en la acción de *profesionales de la impunidad.* «Cada país tiene los criminales que se merece», decía Simenón, y Cuba tiene que sacar sus propias conclusiones. En un país donde la gente tiene que hacer colas durante horas para comprar un ajo, los agentes de MC regalaban aparatos de video. Uno tenía once autos, el otro coleccionaba armas raras y todos tenían escondidos, en refrigeradores y escondrijos, decenas de miles de dólares. ¿Y nadie lo sabía? ¿Nadie sospechaba? En Cuba, un periodista no puede escribir un artículo que revele ese tipo de transgresiones. Hay

zonas de silencio que son sagradas. Mucho menos puede producirse un debate abierto sobre lo ocurrido. ¿Y si surgieran opiniones *hipercríticas?* Los privilegios del Ministerio del Interior hacían pensar en el tiempo de Batista: tenían clínicas privadas, coches elegantes, fondos secretos, restaurantes y centros exclusivos de recreo. ¿Cuántos cubanos honrados no fueron reprimidos como *escorias* y *vendepatrias* por haberse negado a aceptar todo eso?

«Devuelvan todo eso al pueblo», gritó Fidel ante el Consejo de Estado. Pero lo que el pueblo se pregunta es quién va a gritar cuando Fidel no esté, o cuando lo engañen, o cuando no le dé la gana de gritar porque no le conviene. La prensa en Cuba es tan miserable, que ni siquiera una entrevista importante le ha hecho jamás a Castro un periodista cubano. Las grandes entrevistas son siempre de españoles, mexicanos, norteamericanos. ¿Cómo va a atreverse un cubano a hacerle preguntas difíciles, a contradecirlo y a poner cosas en tela de juicio para ver qué responde? Impensable.

Pero el interrogante esencial es este: ¿por qué el pueblo cubano no se rebela después de estas decepciones, después del derrumbe de los países hermanos, hechos que junto a una política insensible a las necesidades del pueblo ha sumido a Cuba en una situación desesperada?

Un repaso a la historia de Cuba devela dos características fundamentales: 1) Cuando los cubanos se deciden a deshacerse de una tiranía, no hay poder capaz de impedírselo. 2) No hay nada que avive más la cohesión y la agresividad del cubano que la intromisión en sus asuntos internos.

La represión del estado policial comunista no explica en absoluto la *pasividad* del cubano. Tiranos singularmente sanguinarios como Machado o Batista no lograron sofocar la ira popular que los derrocó. Lo mismo debería pasarle a Fidel, dicen muchos. Y en esto radica el error. Fidel Castro es un dictador, eso en Cuba lo saben hasta las matas de siguaraya. Pero fue *el pueblo* quien lo subió al pedestal de mármol donde parece que quiere pudrirse. Bajo el mando de Castro Cuba pasó a ser, de la puta caliente y culona del Caribe, al más agudo trauma que jamás hayan tenido los Estados Unidos en sus dominios del Sur. Fidel Castro se convirtió en la voz chillona, pero repleta de dignidad, que les decía las verdades a los norteamericanos. De ahí su inegable dimensión histórica. Por otra parte, la revolución personificada en Fidel levantó de la miseria a millones de cubanos desposeídos.

El embargo económico contra Cuba creó un resentimiento doble: hacia el dogmatismo del Partido Comunista (en primerísimo grado alentado por el propio Fidel), que protege a la burocracia mientras finge combatirla y que no permite alternativas *heréticas,* y por otra parte hacia los Estados Unidos. El embargo ha dado pie no sólo a monstruos como el MC. También ha causado sacrificios horribles no a la élite gobernante, sino al pueblo trabajador. El bloqueo incluye las medicinas. Los grupos que dentro de Cuba luchan por los derechos ciudadanos han suplicado a los Estados Unidos -un poco cobardemente ya que no se trata de un favor sino de un derecho-, que como un gesto de buena voluntad suprima el embargo de medicinas, oin resultado. Los Estados Unidos quieren que Cuba *se cocine en su propio jugo* mientras toma partido, una vez más, por la extrema derecha. El desmantelamiento del bloqueo anularía las bases que sustentan el monopolio del PCC. «Pero eso sería darle la razón a Castro», objetan las organizaciones de derecha. ¿Y por qué no?, responden los socialdemó-cratas dentro y fuera de Cuba. Castro no está equivocado en todo, como en todo no están acertados los norteamericanos. Desmantelar el bloqueo sería darle armas legales y justificación a una oposición *dentro* de Cuba. La batalla polaca no se ganó en Estocolmo o en Londres, sino en Gdansk. Pero eso es justamente lo que los Estados Unidos quieren evitar, porque les da miedo: no podrían ejercer su control de *Big Brother* sobre esa oposición nacionalista y progresista, y ése es tal vez el único punto donde convergen los intereses del PCC y de todas las administraciones norteamericanas desde 1959. El nacionalismo cubano es agresivo y profundo y, en materia de inexorabilidad, sólo comparable al de los israelitas o los irlandeses. Eso se vio claramente en el juicio contra Ochoa y el MC. El fiscal y los acusados estaban de acuerdo en un sólo punto: «Les estábamos entregando a Cuba a los americanos en bandeja de plata.»

Cuba no es Polonia ni Rumania ni Checoslovaquia. No hubo nunca una Polonia fuera de Polonia, pero sí hay una Cuba a 90 millas de Cuba. Hay grupos paramilitares de cubanos exiliados entrenándose en La Florida. ¿Es una expresión más de la ridicula mambiscría dominguera de una parte del exilio cubano, o es el embrión de futuros escuadrones de la muerte para una Cuba después de Castro? Si los Estados Unidos alentaron esos escuadrones en El Salvador y Guatemala, ¿por qué no en Cuba, cuya población está mucho más politizada y mejor entrenada para la resistencia, la subversión y la negación de un capitalismo feroz? Ya hay planes de millonarios cubanos, en contubernio con la mafia americana, para convertir la costa que va de Varadero a La Habana en un emporio de casinos y burdeles. ¿De nuevo la puta linda y rumbosa con el hibisco en la oreja? En una hipotética situación colonial como la de Puerto Rico, Cuba sería absolutamente ingobernable -como ya lo ha sido en otras épocas-.

Cuba no flota en las aguas del Báltico. Está en El Caribe paupérrimo, con vecinos que nunca fueron socialistas y que viven en la miseria, como República Dominicana, Haití o la mayoría de los países centroamericanos. Cuba está a cero kilómetros de los Estados Unidos, ya que en Guantánamo hay una base naval que ocupa, ilegalmente, 117 km2 de territorio cubano. Sería maravilloso poder decir que los Estados Unidos están en contra de los dictadores. Pero sus amigos históricos han sido los batista, los somoza, los stroessner. E incluso los noriega, siempre y

cuando no se metan a redentores. La gran democracia norteamericana es la más descomunal fábrica de dictaduras que jamás haya existido y ahora, con su actitud cerrada, contribuye a mantener en el poder a los comunistas en Cuba.

En las discusiones que se están llevando a cabo en toda Cuba ante el IV congreso del partido, ya hay voces de jerarcas asustados que dicen que el pueblo, en la base, está haciendo planteamientos *desacertados, hipercríticos.* La expectativa es grande ante un congreso que puede convertirse en una miserable maniobra de preservación del dogmatismo y la cerrazón, pero que también puede acarrear una imposición irreversible, por parte del pueblo, de las reformas democráticas que los comunistas y Fidel siempre han negado.

Las preguntas

¿Permitirán los Estados Unidos que Cuba sea un país independiente, abierto a las inversiones extranjeras y a la iniciativa privada, con una prensa libre y una economía mixta sometida a los más estrictos intereses nacionales? ¿Una Cuba que conjugue la nueva libertad con los logros irrenunciables de la revolución? ¿Cuál es la alternativa al monopolio del Partido Comunista? ¿El tiempo muerto de los trabajadores de la zafra y el latifundio, el imperio del capital norteamericano y la embajada de ese país como gobierno invisible? ¿Pensaba en todo esto el ex general Arnaldo Ochoa aquel amanecer del 13 de julio de 1989, mientras unos soldaditos nacidos con la revolución lo conducían al paredón de fusilamiento? ¿Pensaba acaso en Fidel, como había prometido, y en ese caso en qué términos? ¿O tal vez, simplemente, en el sol alto y duro que ya jamás vería alzarse sobre La Habana?

Rene Vázquez Díaz

Nació en Caibarién, Cuba, en 1952, realiza estudios de Lengua Polaca en la Universidad de Lódz, y de Ingeniería Naval en Gdansk, Polonia. Es separado de la universidad a causa de su indisciplina. No regresa a Cuba. En diciembre de 1974 viaja a Suecia, donde actualmente reside. Estudia el sueco en la Universidad de Lund. Trabaja como maestro de español y como traductor del servicio de Inmigración (hasta 1983). Ha sido cronista cultural del diario socioaldemócrata Arbete. Actualmente lo es del Sydsvenska Dagbladet, liberal independiente. Ha publicado poemarios *{Tambor de medianoche,* 1983, *Donde se pudre la belleza,* 1987) y novelas *(La era imaginaria,* 1986 y *Querido traidor,* 1989).

Está traduciendo al sueco y al finés.

Su obra de teatro El último concierto se presentará en la sala Intiman del Teatro Municipal de Malmo, Suecia, en febrero de 1992. René Vázquez Díaz ha traducido muchos libros suecos al castellano, entre otros autores Artur Lundkvist, Birgitta Trotzig y Lasse Soderberg. Colabora con prestigiosas revistas de Suecia y España. También ha colaborado con los diarios *El País* (Madrid), *Sur* (Málaga) y *El Nacional* (Caracas).